

APUNTES SOBRE LA OBSESIÓN HELÉNICA DE ALFONSO REYES

Repetida en el tiempo y en el espacio de sus múltiples escritos, se encuentra en don Alfonso Reyes la obsesión por el helenismo. El primer tomo de sus *Obras completas*, por él ordenado, se inicia por el ensayo "Las tres Electras"; y si se citan al azar los títulos de los trabajos contenidos en los últimos tomos publicados, advertimos la reiterada visitación de ese tema: "La antigua retórica", "Religión griega", "Mitología griega", "Estudios helénicos", "El triángulo egeo", "La jornada aquea", "Los poemas homéricos", "La afición de Grecia", "Rescoldo de Grecia", para citar sólo algunos.

A esta simple enumeración se añade una constancia: hasta los textos agrupados bajo el título de *La crítica en la edad ateniense* o *El deslinde*, cuya ejecución acusa una gran solidez y erudición, son trabajados por Reyes como lecciones, apuntes, divagaciones, rescoldos, aficiones. La obsesión helénica invade su vida y se manifiesta en numerosos escritos; lo evidencia "ese océano de papeles donde teme naufragar", confiesa don Alfonso a Ernesto Mejía Sánchez, ordenador acucioso de varios tomos de sus obras completas. Frecuencia rigurosa, persistente manía, descalificadas un tanto al manejarse simplemente como una afición o al darse a la imprenta como notas, misceláneas o estudios elementales. Tentativa y orientación que me dejan perpleja y dan pábulo a ciertas reflexiones. Las anoto:

¿POR QUÉ EL HELENISMO?

El helenismo fue cultivado desde muy temprano por don Alfonso; es, además, la preocupación rectora de los jóvenes que fundaron el Ateneo de la Juventud, el lema del antipositivismo. El peruano Francisco García Calderón llama a don Alfonso un "efebo

mexicano'', ''un humanista'' y a su padre don Bernardo Reyes ''gobernador ateniense de un estado mexicano, rival de Porfirio Díaz, el presidente *imperator*'''. Es más, a instancias de Reyes, le otorga a Henríquez Ureña el papel de ''Sócrates'' de su generación¹. Papel reiterado ampliamente en la correspondencia publicada por el Fondo de Cultura Económica, preparada por José Luis Martínez.

Si helenismo es sinónimo de humanismo, éste, a su vez y antes que nada, es la capacidad de alcanzar una armonía interior y una perfección moral; en la obra de Reyes, como en la de varios ateneístas, ética y estética están intrincadas indisolublemente. ''Grecia'', asevera Henríquez Ureña,

no es sólo mantenedora de la inquietud del espíritu, del ansia de perfección, maestra de la discusión y de la utopía, sino también ejemplo de toda disciplina. De su aptitud crítica nace el dominio del método, de la técnica científica y filosófica; pero otra virtud más alta todavía la erige en modelo de disciplina moral. El griego [...] creyó en la perfección del hombre como ideal humano, por humano esfuerzo asequible, y preconizó como conducta encaminada al perfeccionamiento, como *prefiguración* de la perfecta, la que es dirigida por la templanza, guiada por la razón y el amor. El griego no negó la importancia de la intuición mística, del *delirio* —recordad a Sócrates— pero a sus ojos la vida superior no debía ser el perpetuo éxtasis o la locura profética, sino que había de alcanzarse por la *sophrosine*. Dionisos inspiraría verdades supremas en ocasiones, pero Apolo debía gobernar los actos cotidianos²,

y en el grupo ateneísta Henríquez Ureña ''enseñaba [...] a ver, a pensar, y'', subraya Reyes, ''suscitaba una verdadera reforma en la cultura''³.

En suma, Henríquez Ureña es ante todo un maestro, pero al estilo de Sócrates —sin sus delirios— y su discípulo definitivo es Reyes, depositario de su ética y producto esencial de su muy personal sistema didáctico: ''Y en cuanto al trato de las gentes, ya te he dicho que para mí una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual, no realizándose de veras sino en un acuerdo mo-

¹ F. GARCÍA CALDERÓN, ''Prólogo'' a *Cuestiones estéticas*, en *AROC*, t. 1, pp. 11 y 12.

² P. HENRÍQUEZ UREÑA, ''La cultura de las humanidades'', en *Estudios mexicanos*, FCE, México, 1984, p. 255.

³ *Pasado inmediato*, en *AROC*, t. 12, p. 205.

ral''⁴. Por añadidura, al analizar la relación que para Reyes se establece entre Sócrates y Platón, podremos extrapolar y delinear la que existió entre don Alfonso y don Pedro, procedimiento que muy constantemente revela a estos dos autores:

Los maestros itinerantes daban el conocimiento en discursos. Sócrates pretendía extraerlo de las intuiciones de cada uno. Aquéllos pasaban por Atenas, disertaban ante públicos escogidos y seguían de frente. Éste, verdadero hijo de la democracia, aunque ella acabó por ser para él una madrastra, predica la filosofía a todas horas y en todos los lugares. Quiere compartir con el pueblo los beneficios de la inteligencia. El desastroso fin de su experimento aleja de Atenas a sus discípulos y los lleva a adoptar, hasta cierto punto, una actitud de conspiradores del espíritu. El mismo Platón, aunque no comprometido con los sentimientos oligárquicos de su familia, prefiere por el momento abandonar su ciudad y se refugia en Megara. Debemos a la muerte de Sócrates el que Platón no se haya consagrado a la política en el sentido corriente de la palabra⁵.

Palabras que transferidas a la biografía personal de Reyes y a la historia del México que vivieron él y Henríquez Ureña podrían darnos una clave un poco menos mecánica de la obsesión helénica que persiguió toda su vida a don Alfonso. A medida que la amistad con Henríquez Ureña se hace más intensa, la figura del padre se va desprestigiando. En la correspondencia se leen a menudo frases como ésta (durante la estancia de Reyes en Monterrey, en 1908): "... la imbecilidad ambiente me agobia. Mi papá, por la edad y el trabajo, se va agotando y, consecuentemente, lo invaden ciertas debilidades seniles''⁶. La senilidad se traduce en falta de rigor y esa carencia la suple Henríquez Ureña con sus regaños:

Volviendo a ti, te propongo que vengas a México, pero no en viaje definitivo: dile a tu padre que aquí resolverás si te quedas o si quieres irte. Tú que hablabas de rigor militar; por lo que veo, han dejado la elección a tu capricho, ni siquiera a tu razón, como sucedía cuando pensabas seriamente en el viaje al exterior⁷.

⁴ A. REYES - P. HENRÍQUEZ UREÑA, *Correspondencia 1907-1914*, ed. José Luis Martínez, FCE, México, 1986, p. 79.

⁵ *La crítica en la edad ateniense*, en *AROC*, t. 13, p. 152.

⁶ A. REYES - P. HENRÍQUEZ UREÑA, *Correspondencia...*, p. 66.

⁷ *Ibid.*, p. 114.

Para ahondar más es importante mencionar otro acontecimiento en la vida de don Alfonso: el asesinato de su padre durante la Decena Trágica y la transposición que Reyes hace de este hecho en su poema dramático, *Ifigenia cruel*, escrito a finales de su estancia en Madrid, hacia 1923. La considera un intento poético para alcanzar la catarsis y para entender la problemática violenta que vivía el país en esos años. Oigamos sus palabras:

Cuando Ifigenia opta por su libertad y, digámoslo así, se resuelve a rehacer su vida humildemente, oponiendo un “hasta aquí” a las persecuciones y rencores políticos de su tierra, opera en cierto modo la redención de su raza, mediante procedimientos dudosamente helénicos desde el punto de vista filológico [...] pero procedimientos que, en forma sencilla, directa, y en un acto breve y precioso de la voluntad, bien podrían, creo yo, servir de alivio a muchos supersticiosos de nuestros días⁸.

EL HELENISMO COMO METÁFORA DE LA AUTOBIOGRAFÍA

He acumulado numerosas citas. Quizá de ellas se pueda extraer alguna conclusión. El maestro ejemplar, Henríquez Ureña, convertido en un Sócrates por sus amigos y contemporáneos ateneístas, reemplaza en el caso de Reyes a la figura del padre. Y tan fundamental es la figura de ese padre elegido que cuando se intenta despejar la figura del padre biológico, protagonista trágico de la Revolución Mexicana y personaje definitivo del Antiguo Régimen, Reyes utiliza la estructura de la tragedia griega para alcanzarlo y transformarlo en Agamemnon, asesinado por Clitemnestra. Luego se traviste él mismo en Ifigenia para reescribir el mito y darle otro sentido —un final distinto del tradicional— armonizando las contradicciones no sólo de su propia elección —quedarse a vivir en el extranjero y no reincorporarse a la Patria después del triunfo de la Revolución— sino también las de los acontecimientos vividos en ese momento por los mexicanos. *Ifigenia cruel*, metamorfosis poética y continuación de lo que en los inicios de su carrera se había concebido como una interpretación crítica de *las tres Electras* del teatro ateniense, acaba convirtiéndose en un espacio vital creado por la escritura y, aunque vicario, definitivo: en él habitará siempre y desde su altura podrá referirse a su propia vida y contemplar la historia de su propio país. Es evidente que el delirio o furor sacrificial de Ifigenia constituye el

⁸ *Ifigenia cruel*, en *AROC*, t. 10, p. 316.

aspecto dionisiaco del teatro griego, pero en el proceso de reconocimiento, de anagnórisis, Ifigenia-Reyes recobra la razón y con ella se instala en la *sofrosine*, que tanto él como Henríquez Ureña concebían a manera de paradigma del humanismo griego. El humanista no es ni puede ser un ente pasivo, es un *agonista*, un combatiente; su agonía será válida si logra producir la *catharsis* y a través de ella detenerse en la *sofrosine* o serenidad.

De la violencia domada nace la razón, el rigor. En el drama de Eurípides, Ifigenia regresa con Orestes y abandona a su patria adoptiva, la bárbara Táuride. En Reyes, Ifigenia permanece allí, le da la espalda a una tradición de venganzas y desafueros y prefiere seguir sacrificando víctimas propiciatorias a Diana; Reyes se toma el trabajo de hacer una exégesis de su propio poema y de rescatar, textuales, párrafos íntegros de su primer ensayo "Las tres Electras". Antes y después de la Revolución, su espacio ideal, su ejemplo moral es el de la tragedia griega, reinterpretada y aplicada a situaciones específicas de su vida y de la vida de México:

El conflicto trágico, que ninguno de los poetas anteriores interpretó así, consiste para mí, precisamente, en que Ifigenia reclama su herencia de recuerdos humanos y tiene miedo de sentirse huérfana de pasado y distinta de las demás criaturas; pero cuando más tarde, vuelve a ella la memoria y se percata de que pertenece a una raza ensangrentada y perseguida por la maldición de los dioses, entonces siente asco de sí misma. Y, finalmente, ante la alternativa de reincorporarse en la tradición de su casa, en la *vendetta* de Micenas, o de seguir viviendo entre bárbaros una vida de carnicera y destazadora de víctimas sagradas, prefiere este último extremo, por abominable y duro que parezca, único medio cierto y práctico de eludir y romper las cadenas que la sujetan a la fatalidad de su raza⁹.

La alternativa utópica, casi de novela pastoril —campo agreste, fuera del mundanal ruido, etc., a pesar de la mucha sangre derramada— tranquiliza su conciencia, ejerce una vicaria y transitoria explicación histórica y sobre todo mítica de su propia realidad y le ofrece un territorio espiritual donde refugiarse.

ANTROPOFAGIA CULTURAL

La figura del padre es señera: acompaña a Reyes como fantasma toda la vida: se asemeja en su asiduidad a la de las sombras visi-

⁹ *Ibid.*, p. 313.

tadas por Ulises en la *Odisea* y como a ellas en ese texto o a Agamemnón en las *Electras* hay que ofrecerles libaciones de sangre fresca para calmar sus manes. Pero los sacrificios son rituales y las sombras regresan de tiempo en tiempo, hay que luchar con ellas a la manera de Ulises:

Llegado al brumoso país de los Cimerios, Odiseo cavó con su daga un ancho foso e hizo una libación a los muertos —miel, leche, vino y agua— desparramando encima la harina de las ofrendas rituales. Hizo luego traer de su nave las bestias destinadas al sacrificio, y las degolló junto al foso, llenándolo con la sangre humeante. Sedientos y anhelosos por recobrar un poco de vida, acudieron en torno al foso los difuntos, “cabezas sin vigor”, venidos desde las profundidades del Erebo. Se precipitaban en multitud, lanzando tremendos alaridos. El “pálido terror” asomó al semblante del héroe que, desenvainando otra vez la daga, los iba obligando a turnarse para contestar a sus preguntas¹⁰.

Reyes aplaca a sus fantasmas con su famosa oración del 9 de febrero, escrita en 1930 en Buenos Aires: “Yo me había hecho ya a la ausencia de mi padre y hasta había aprendido a recorrerlo de lejos como se hojea en la mente un libro que se conoce de memoria”¹¹. El padre —y también la Madre Patria— se fusionan en curiosa entelequia sólo dirimida por la literatura. A él logra traerlo cabe de sí a modo de atmósfera, de aura, a ella la recrea en sus textos, la revive en *Visión de Anáhuac* o en *Palinodia del polvo*, obra de 1940, de factura elegíaca, con tonos imprecatorios. Al padre lo asimila, lo introyecta: “Yo siento que desde el día de su partida, mi padre ha empezado a entrar en mi alma y a hospedarse en ella a sus anchas. Ahora creo haber logrado ya la absorción completa y —si la palabra no fuera tan odiosa— la digestión completa”¹². Esta antropofagia cultural, mental, esta traslación de conceptos cuajó en una extraña manifestación, de gran trascendencia para su obra: el padre biológico, el padre individual, así incorporado al propio discurrir del alma, es exorcizado: en breve se transformará en personaje histórico —cosa por lo demás verdadera en la realidad— y será incorporado a otros personajes de la historia y del mito. El asesinato del padre se purga con las liba-

¹⁰ *Junta de sombras*, en *AROC*, t. 17, p. 232.

¹¹ *Antología de Alfonso Reyes*, ed. José Luis Martínez, SEP-UNAM, México, 1981, p. 76.

¹² *Ibid.*, p. 79.

ciones de Orestes, Electra y hasta de Ifigenia, pero como sombra persiste:

El suceso viaja por el tiempo, parece alejarse y ser pasado, pero hay algún sitio del ánimo donde sigue siendo presente. No de otro modo el que, desde cierta estrella, contemplara nuestro mundo con un anteojo perverso, vería, a estas horas —porque el hecho anda todavía vivo, revoloteando como fantasma de la luz entre las distancias siderales— a Hernán Cortés y sus soldados asomándose por primera vez al Valle de México¹³.

Antropofagia literaria: en esta reunión de sombras terribles conviven el padre y los grandes personajes de la historia. El hecho individual, la pérdida de un padre se amplifica al punto de que en la escritura padre e historia forman un solo cuerpo. La violencia que en ese acto se implica es desterrada por las libaciones: “ya que el vino había de volcarse, sea un sacrificio [...] sea una libación para la tierra que lo ha recibido”¹⁴.

Es más, mediante la antropofagia cultural se explica la decisión de Ifigenia: quedarse en Táuride en su función de sacerdotisa, de sacrificadora de víctimas propiciatorias es, en cierta medida, asumir —pero en la escritura— la historia de México, esa historia antigua que el fantasma del padre convoca y que está presente en la *Visión de Anáhuac*. “Volver a los clásicos”, comenta Carlos Monsiváis, “es adquirir pasado, presente y porvenir, es cobrar identidad y ser nacional, es captar placenteramente las circunstancias inmediatas”¹⁵. El desorden de la Revolución, los sacrificios humanos, la alteración definitiva del Antiguo Régimen se armonizan en un poema dramático, se aclaran en estudios helénicos, se perfeccionan en triángulos egeos. En este mismo cauce podría interpretarse también la referencia de Reyes respecto a Platón cuando afirma que la muerte de Sócrates lo aleja de la política y lo convierte en un filósofo. Al señalarlo, los dos padres, el electivo, Henríquez Ureña, y el biológico, Bernardo Reyes, se han reunido en uno solo, encarnado en Sócrates, el Maestro, dispuesto a morir por la patria antes que recurrir a la violencia, y por un extraño malabarismo o por obra de esa apaciguadora antropofagia cultural, ese lugar singular bautizado por Reyes *Junta de*

¹³ *Ibid.*, p. 78.

¹⁴ *Ibid.*, p. 80.

¹⁵ CARLOS MONSIVÁIS, en *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1981, t. 2.

sombras (donde reúne sus aficiones, sus notas, sus rescoldos) es la muestra inacabada, siempre en gestación, de su literatura y de su humanismo, pero también la posibilidad de aplacar a los fantasmas, hacerlos cuerpo de su propio cuerpo y así poder funcionar. Sócrates, según don Alfonso, "sólo pretende saber que nada sabe, y armado con esta piedra de toque, suscita la angustia en los demás"¹⁶.

En este acto propiciatorio, y utilizando a la palabra como mediadora, don Alfonso se vuelve padre total, se traga como Cronos a sus padres-hijos y cual Sócrates se dedica a la enseñanza y a la difusión del conocimiento. De allí su universalidad, su helenismo y, para resumirlo, su humanismo. Y en él se implican una ética y una estética. Don Alfonso fue su más prístino representante. Quizá por eso ya no lo leemos tanto, sus palabras nos suenan un tanto huecas: estética y ética no suelen ahora coincidir.

MARGO GLANTZ

Universidad Nacional Autónoma de México

¹⁶ *La crítica en la edad ateniense*, en *AROC*, t. 13, p. 97.